

EL FIN DEL MONOPOLIO ESTRATÉGICO: GUERRA, ENERGÍA Y LA FRAGMENTACIÓN DEL PODER GLOBAL EN 2026

Por Laala Bechetoula



4 de marzo: Edificios en Teherán dañados por los ataques estadounidenses e israelíes (CC BY 4.0).

Abstracto

La guerra de 2026 en la que participarán Irán, Israel y Estados Unidos constituye una ruptura sistémica en la arquitectura de las relaciones internacionales.

Más allá de su dimensión militar, el conflicto pone de manifiesto la erosión del monopolio estratégico occidental y el surgimiento de una condición que este artículo denomina multipolaridad fragmentada: un sistema caracterizado por la distribución del poder, la inestabilidad persistente, la ausencia de equilibrio y el fracaso simultáneo de los marcos teóricos existentes para explicar la dinámica observada.

Este artículo sitúa el conflicto dentro de tres marcos teóricos contrapuestos: el realismo estructural (Waltz), el realismo ofensivo (Mearsheimer) y el institucionalismo neoliberal (Keohane). Demuestra que, si bien cada uno capta elementos de la crisis, ninguno explica sus consecuencias sistémicas. Además, argumenta que la teoría clásica occidental de las relaciones internacionales adolece de una deficiencia más profunda: la exclusión de tradiciones analíticas no occidentales, en particular la teoría cíclica de la decadencia civilizacional de Ibn Khaldun, el concepto de preparación civilizacional de Malek Bennabi y el interregno de Gramsci, que en conjunto iluminan dimensiones de la ruptura actual que los marcos estructurales, ofensivos y liberales no pueden abarcar.

El artículo concluye que la geopolítica contemporánea ha entrado en una fase posthegemónica en la que el poder persiste pero el control se disipa, y que la construcción de un marco analítico adecuado requiere recurrir a toda la amplitud de las tradiciones intelectuales globales, no solo a las producidas dentro de la academia occidental.

Introducción — El shock empírico

El 18 de marzo de 2026, los futuros del crudo Brent cerraron a 147,30 dólares por barril, lo que supone un aumento del 78,8% con respecto a los 82,40 dólares registrados el 1 de enero del mismo año.

Lloyd's of London informó que las primas de los seguros contra riesgos de guerra para el tránsito por el Golfo Pérsico habían aumentado aproximadamente un 4200 % con respecto a los niveles previos al conflicto.

El estrecho de Ormuz, por donde transitan diariamente aproximadamente 20,5 millones de barriles de líquidos derivados del petróleo —alrededor del 21 % del consumo mundial—, se convirtió, por primera vez desde la década de 1980, en un escenario activo de operaciones militares. Tres proyectos de resolución sucesivos del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre el conflicto fueron vetados por los miembros permanentes.

No se trata de proposiciones teóricas. Son hechos empíricos. Y constituyen un desafío no solo para las políticas, sino también para los marcos analíticos a través de los cuales se comprenden las relaciones internacionales.

La guerra de Irán de 2026 no es, en este sentido, solo un acontecimiento geopolítico, sino también epistemológico. Revela que los paradigmas teóricos dominantes de las relaciones internacionales —realismo estructural, realismo ofensivo, institucionalismo neoliberal— iluminan cada uno una dimensión de la crisis, pero ninguno, ni individual ni colectivamente, explica su dinámica sistémica. En resumen, el conflicto exige un nuevo concepto. Este artículo propone uno: la multipolaridad fragmentada, una condición en la que coexisten múltiples centros de poder sin generar equilibrio, estabilidad ni gobernanza coherente, y en la que las herramientas analíticas heredadas de la academia occidental son necesarias pero insuficientes.

El argumento se desarrolla en diez etapas. Las secciones 2 a 4 someten las teorías clásicas a la prueba empírica de la guerra de 2026, analizando cada una de ellas antes de identificar sus límites estructurales. La sección 5 introduce la guerra de puntos estratégicos como una variable clave. La sección 6 analiza el modelo de poder distribuido de Irán. La sección 7 define la multipolaridad fragmentada y la diferencia de las alternativas existentes. La sección 8 recurre a Ibn Khaldun y Gramsci para proporcionar fundamentos teóricos críticos y no occidentales. La sección 9 examina la postura de China desde la perspectiva de la preparación civilizatoria de Malek Bennabi. La sección 10 propone los fundamentos de un nuevo marco analítico. La conclusión reflexiona sobre el fin del monopolio estratégico y el imperativo del pluralismo teórico.

El vals revisitado: estructura sin estabilidad

El realismo estructural de Kenneth Waltz sigue siendo la explicación más concisa del orden internacional. Sus proposiciones centrales son bien conocidas: el sistema internacional es anárquico; su estructura se define por la distribución de capacidades entre las unidades; y esta estructura limita y moldea el comportamiento de los Estados de manera que tiende al equilibrio. Ninguna teoría del conflicto de 2026 puede desarrollarse sin tener en cuenta a Waltz, y nadie debería descartarlo a la ligera.

El argumento más sólido de Waltzian

Una interpretación waltziana de la guerra de 2026 subrayaría que el conflicto confirma la persistencia de la anarquía como principio rector. Ninguna autoridad supranacional lo impidió; ninguna institución anuló el cálculo soberano. Desde esta perspectiva, la guerra es una consecuencia previsible de la distribución de capacidades: una potencia regional en ascenso (Irán) con capacidad nuclear provoca una respuesta de contrapeso por parte de la potencia dominante (Estados Unidos) y su socio regional (Israel). El sistema funciona como predijo Waltz: no generando paz, sino produciendo respuestas estructurales a los cambios en las capacidades.

Un defensor de Waltz podría argumentar además que la inestabilidad observada en 2026 no es evidencia de una falla estructural, sino de un ajuste estructural. El sistema se está reequilibrando. Las perturbaciones de Hormuz, las activaciones indirectas y las perturbaciones energéticas son los costos de fricción de una transición sistémica de la unipolaridad hacia un nuevo equilibrio. Démosle tiempo al sistema, diría el seguidor de Waltz, y el equilibrio se restablecerá.

Donde se fractura la estructura

Esta es la versión más contundente del argumento de Waltz, y resulta insuficiente. El conflicto de 2026 revela tres anomalías estructurales que el modelo de Waltz no puede explicar.

En primer lugar, la asimetría en el gasto militar entre Estados Unidos e Irán supera la proporción de 134:1. En términos de Waltz, esto debería generar disuasión (Irán se adapta) o una derrota rápida (el sistema se reequilibra rápidamente). Ninguna de las dos cosas ha ocurrido. La capacidad de Irán para mantener la resistencia estratégica mediante redes distribuidas, activación de aliados y el uso de puntos estratégicos clave opera fuera de las métricas de capacidad que mide el modelo de Waltz. Waltz contabiliza divisiones, ojivas y PIB. La guerra de 2026 demuestra que estas métricas no reflejan la arquitectura operativa a través de la cual se ejerce realmente el poder.

En segundo lugar, la interdependencia energética no modera los conflictos, como predice implícitamente la teoría del equilibrio de poder de Waltz. Por el contrario, acelera la transmisión de las crisis sistémicas. Cuando el tránsito por el estrecho de Ormuz se ve amenazado, las consecuencias no se limitan a un equilibrio bilateral o regional, sino que se propagan instantáneamente a través de los mercados energéticos mundiales, los seguros marítimos y las cadenas de suministro. El informe del Banco Mundial de enero de 2026 advirtió explícitamente que la fragmentación económica amplifica, en lugar de absorber, las crisis geopolíticas.

En tercer lugar, y lo más fundamental, el sistema no se está reequilibrando, sino fragmentándose. Waltz asumía que los mecanismos de equilibrio de poder generan estabilidad, es decir, que el sistema tiende a la estabilidad incluso en medio del conflicto. La evidencia empírica de 2026 sugiere lo contrario: la escalada genera más escalada; la disrupción genera más disrupción; el sistema no converge hacia un nuevo estado estacionario, sino que diverge hacia una complejidad e imprevisibilidad crecientes.

Así pues, la estructura de Waltz persiste —la anarquía sigue siendo el principio rector, las capacidades aún importan—, pero su función estabilizadora se ha erosionado. El sistema está estructurado sin ser estable. Esta es la primera fisura en la teoría clásica.

Mearsheimer y la paradoja de la escalada racional

El realismo ofensivo de John Mearsheimer ofrece la explicación más intransigente del comportamiento de las grandes potencias. En su marco teórico, los Estados son actores racionales que maximizan su poder para asegurar su supervivencia en un sistema anárquico. La hegemonía regional es la condición óptima; el conflicto es la consecuencia inevitable de la competencia entre grandes potencias.

El argumento más sólido de Mearsheimer

La campaña militar estadounidense-israelí contra Irán se ajusta a la lógica del realismo ofensivo. Los ataques contra las instalaciones nucleares, los sistemas de defensa aérea y la infraestructura de sus aliados representan un intento racional de debilitar las capacidades de un competidor en ascenso antes de que logre desarrollar armas nucleares. La postura preventiva de Israel, basada en la doctrina de la guerra preventiva, encaja perfectamente en el marco de Mearsheimer. Lo mismo ocurre con el cálculo estratégico estadounidense en general: si un Irán con armas nucleares alteraría fundamentalmente el equilibrio de poder en Oriente Medio, entonces actuar antes de que se cruce ese umbral es la opción racional.

Un defensor de la teoría de Mearsheimer señalaría además que la dinámica de escalada del conflicto es precisamente lo que predice el realismo ofensivo. Cuando una potencia intensifica el conflicto, el adversario responde. Esto genera un ciclo de acción-reacción que el realismo ofensivo describe explícitamente. La pérdida de control que lamentan los observadores no es un fallo de la teoría, sino su idea central: la competencia entre grandes potencias produce resultados trágicos, no óptimos.

Escalada sin dominación

Sin embargo, el resultado difiere de las expectativas de Mearsheimer de manera fundamental. El realismo ofensivo postula que la maximización del poder genera una ventaja relativa; es decir, que la escalada racional, incluso a un alto costo, produce ganancias estratégicas para la parte más fuerte. La guerra de 2026 no confirma esta idea.

La escalada prevista para 2026 no genera dominio, sino dispersión. Las redes de grupos afines a Irán en Irak, Siria, Líbano y Yemen —ampliamente documentadas por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos— se han activado simultáneamente en múltiples escenarios. La interrupción del Ormuz impone costos no principalmente a Irán, sino a la

economía global, incluyendo a los aliados de Estados Unidos. Las operaciones militares diseñadas para concentrar la ventaja estratégica han distribuido el conflicto a través de una red más amplia de actores y regiones geográficas.

Esto revela una paradoja en el corazón del realismo ofensivo: el comportamiento de maximización de poder, cuando se dirige contra un adversario en red con una posición estratégica clave, puede producir una pérdida de control estratégico. El actor más fuerte intensifica el conflicto racionalmente y, aun así, se encuentra con menos control sobre los resultados que antes de que comenzara la escalada. El marco de Mearsheimer explica la decisión de intensificar el conflicto, pero no las consecuencias sistémicas de dicha escalada. Explica el poder, pero no su disipación.

Keohane y la inversión de la interdependencia

El institucionalismo neoliberal de Robert Keohane se sitúa en el polo opuesto del espectro teórico. Mientras que Waltz y Mearsheimer dan prioridad al poder y la competencia, Keohane sostiene que las instituciones internacionales —regímenes, normas y marcos de cooperación— mitigan la anarquía y posibilitan la cooperación incluso en ausencia de una potencia hegemónica. En su opinión, la interdependencia genera una vulnerabilidad mutua que incentiva la moderación.

El argumento institucional más sólido

La estructura institucional que rodea el conflicto con Irán es considerable: el Tratado de No Proliferación, el régimen de salvaguardias del OIEA, el marco del Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC) (aunque atenuado), el Consejo de Seguridad de la ONU y la gobernanza energética multilateral a través de la AIE. Un defensor de Keohane argumentaría que estas instituciones no han desaparecido: siguen proporcionando información, facilitando la comunicación y estableciendo bases para la cooperación. El OIEA continúa elaborando informes sobre salvaguardias y publicando análisis de mercado. Las instituciones persisten y funcionan, incluso bajo presión.

El colapso de la función reguladora

Sin embargo, la persistencia no es sinónimo de eficacia. El rasgo distintivo del desempeño institucional en 2026 no es la ausencia, sino la impotencia. Tres resoluciones del Consejo de Seguridad han sido vetadas. El marco del JCPOA está obsoleto. La presentación de informes del OIEA continúa, pero no ejerce ningún efecto restrictivo sobre las operaciones militares. Las normas de protección civil y seguridad marítima se violan abiertamente. Las instituciones existen, pero su función reguladora se ha derrumbado.

De manera más fundamental, el conflicto de 2026 revela lo que podría denominarse la inversión de la interdependencia. La tesis central de Keohane es que la vulnerabilidad mutua generada por la interdependencia económica incentiva la cooperación. La evidencia empírica de 2026 demuestra lo contrario: la interdependencia energética, canalizada a través del estrecho de Ormuz, transmite inestabilidad en lugar de reducirla. Cuando el 21 % del consumo mundial de petróleo pasa por un único estrecho que es simultáneamente escenario de operaciones militares, la interdependencia no frena a los beligerantes, sino que amplifica las consecuencias sistémicas de sus acciones.

S&P Global estima que entre el 15 % y el 18 % del comercio mundial de GNL transita por el estrecho de Ormuz. El informe especial de la AIE de 2025 sobre seguridad energética mundial ya había identificado la dependencia concentrada de los puntos estratégicos marítimos como una vulnerabilidad estructural. La guerra de 2026 confirma que esta vulnerabilidad no es hipotética. En estas condiciones, la interdependencia se convierte en un vector de inestabilidad sistémica: la inversión exacta de la predicción de Keohane.

Guerra de puntos de estrangulamiento: la variable que falta

Ninguna de las tres teorías clásicas explica adecuadamente la importancia estratégica de los cuellos de botella geográficos. El modelo estructural de Waltz considera las capacidades como atributos nacionales agregados (gasto militar, población, capacidad industrial) y no prioriza la geografía como variable independiente. Mearsheimer reconoce el poder de contención del agua, pero principalmente como una limitación a la proyección de poder, no como un instrumento de influencia asimétrica. El institucionalismo de Keohane aborda la interdependencia, pero presupone que opera a través de mecanismos de mercado difusos en lugar de cuellos de botella geográficos concentrados.

El estrecho de Ormuz constituye la refutación empírica de estas suposiciones. El informe de febrero de 2026 del Consejo de Relaciones Exteriores identificó a Ormuz como el punto de estrangulamiento más importante del sistema energético mundial. Su interrupción produce efectos inmediatos, no lineales y desproporcionados: los precios del petróleo se disparan, los mercados de seguros se paralizan, se desvían las rutas marítimas y las cadenas de suministro en Asia, Europa y África absorben las consecuencias en cascada.

La guerra de puntos estratégicos introduce una dimensión que la teoría clásica de las relaciones internacionales ha subestimado sistemáticamente: la influencia no territorial. Irán no necesita proyectar poder a través de los océanos ni derrotar a fuerzas militares superiores. Basta con amenazar un cuello de botella geográfico para imponer costos a toda la economía global. Esto representa una forma de poder estratégico invisible para las métricas de capacidad de Waltz, ortogonal al marco de competencia entre grandes potencias de Mearsheimer y corrosiva para la interdependencia cooperativa de Keohane. La guerra de puntos estratégicos es, en este sentido, un punto ciego teórico de las relaciones internacionales occidentales, y la guerra de 2026 lo ha hecho imposible de ignorar.

Irán y la arquitectura de la energía distribuida

La teoría clásica de las relaciones internacionales se centra en el Estado. Mide el poder a nivel del Estado unitario: PIB, gasto militar, población, capacidad nuclear. El modelo estratégico de Irán se basa en una lógica fundamentalmente diferente.

El informe Military Balance 2026 del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos ofrece la evaluación de código abierto más detallada de la red de aliados de Irán: Hezbolá en el Líbano (con un estimado de 30 000 a 50 000 combatientes y un arsenal de misiles de precisión), los hutíes en Yemen (con capacidad demostrada contra el transporte marítimo) y una constelación de milicias aliadas en Irak y Siria. Esta red crea profundidad estratégica sin expansión territorial, resistencia frente a ataques convencionales (la degradación de un

nodo no desactiva la red) y capacidad de escalada elástica (la capacidad de ejercer presión en múltiples escenarios simultáneamente).

Este modelo no puede explicarse completamente mediante el análisis estructural estatal de Waltz, el marco de competencia entre grandes potencias de Mearsheimer ni el paradigma de cooperación institucional de Keohane. Refleja algo nuevo: el poder como arquitectura en red, en lugar de capacidad centralizada. La guerra de 2026 demuestra que un Estado con un presupuesto militar 134 veces menor que el de su adversario puede mantener la resistencia estratégica e imponer costos crecientes, no porque sea más fuerte en términos waltzianos, sino porque opera con una lógica organizativa diferente.

Multipolaridad fragmentada: nombrando la nueva condición.

El concepto introducido en este artículo —multipolaridad fragmentada— requiere una definición precisa y una diferenciación de las alternativas existentes.

Definición

La multipolaridad fragmentada describe una condición sistémica en la que coexisten múltiples centros de poder sin generar equilibrio, en la que la interdependencia transmite inestabilidad en lugar de cooperación, y en la que ningún actor o coalición individual posee la capacidad de imponer un orden sistémico. A diferencia de la multipolaridad clásica, que implica un equilibrio entre grandes potencias aproximadamente equivalentes, la multipolaridad fragmentada se caracteriza por una asimetría radical de capacidades, una heterogeneidad de formas de poder (militar convencional, redes de agentes interpuestos, influencia económica, control de puntos estratégicos) y una inestabilidad sistémica persistente como rasgo estructural, más que como fase transitoria.

Diferenciación de los conceptos existentes

El mundo multifacético de Amitav Acharya refleja la pluralidad de actores y el declive de la hegemonía liberal, pero mantiene una visión esencialmente optimista de la adaptación institucional. Acharya imagina un mundo de órdenes superpuestos y coexistentes en el que los mecanismos de gobernanza regional compensan el declive de la hegemonía estadounidense. La multipolaridad fragmentada no comparte este optimismo. La guerra de 2026 demuestra que los órdenes regionales son, en sí mismos, focos de fragmentación, no de compensación.

La no polaridad de Richard Haass identifica la difusión del poder desde los Estados hacia actores no estatales —una observación válida—, pero trata esta difusión como relativamente benigna, una característica de la complejidad de la globalización. La multipolaridad fragmentada, en cambio, insiste en que la difusión del poder no produce gestión de la complejidad, sino inestabilidad sistémica. La crisis de Ormuz de 2026 no es un desafío de gobernanza que deba gestionarse. Es una ruptura estructural.

La teoría del complejo de seguridad regional de Barry Buzan y Ole Wæver ofrece una valiosa desagregación de la seguridad global en subsistemas regionales. Sin embargo, presupone que los complejos regionales son analíticamente separables, es decir, que los acontecimientos en el Golfo Pérsico pueden analizarse como un complejo de seguridad de

Oriente Medio con límites definidos. La guerra de 2026 demuestra lo contrario: las perturbaciones en el estrecho de Ormuz repercuten simultáneamente en los mercados energéticos mundiales, los cálculos estratégicos chinos, las cadenas de suministro europeas y los precios de los alimentos en África. Los límites entre los complejos regionales se han vuelto analíticamente insostenibles.

La multipolaridad fragmentada se diferencia de las otras tres en su insistencia en tres características: la permanencia estructural de la inestabilidad, la heterogeneidad de las formas de poder y la transmisión de la disrupción a través de ámbitos previamente separables. En este sentido, constituye un diagnóstico más pesimista —y, según la evidencia, más preciso— de la situación actual.

La dimensión civilizacional: Ibn Khaldun, Gramsci y la ruptura más profunda

Los límites de la teoría occidental de las relaciones internacionales no son meramente empíricos, sino epistemológicos. La exclusión de las tradiciones analíticas no occidentales de los marcos canónicos de las relaciones internacionales ha dado lugar a una disciplina estructuralmente incapaz de reconocer ciertas formas de transformación sistémica. Dos pensadores —uno del Magreb del siglo XIV y otro de una prisión italiana— iluminan dimensiones de la crisis de 2026 que Waltz, Mearsheimer y Keohane no logran comprender.

Ibn Jaldún y la erosión de 'Asabiyya

La *Muqaddimah* (1377) de Abd al-Rahman Ibn Khaldun propuso una teoría cíclica del auge y la decadencia de las civilizaciones, centrada en el concepto de 'asabiyya : solidaridad, cohesión y propósito colectivo del grupo. En el modelo de Ibn Khaldun, las entidades políticas surgen cuando la 'asabiyya es fuerte, es decir, cuando un grupo posee la suficiente cohesión interna para actuar colectivamente, proyectar poder y establecer autoridad. Decaen cuando la 'asabiyya se debilita: cuando el lujo, la complacencia y la división interna merman los lazos que sustentaban la acción coherente. Fundamentalmente, la decadencia se produce mientras persisten los recursos materiales. El Estado conserva sus ejércitos, su tesoro y su territorio, pero pierde la fuerza cohesiva que hacía eficaces estos instrumentos.

La aplicación a la crisis de 2026 es precisa. Estados Unidos conserva la superioridad militar en todos los indicadores convencionales: gasto en defensa, capacidad tecnológica, proyección de fuerza y arsenal nuclear. Sin embargo, la coherencia necesaria para traducir esta superioridad en resultados estratégicos se ha erosionado notablemente. Tres resoluciones vetadas del Consejo de Seguridad no reflejan la ausencia de poder estadounidense, sino la falta de capacidad de Estados Unidos para formar coaliciones. El caos en el mercado energético no refleja la debilidad de las instituciones globales, sino su incapacidad para coordinar respuestas colectivas. El orden liderado por Occidente conserva su infraestructura material, pero ha perdido la «asabiyya» —la solidaridad, la legitimidad y el propósito colectivo— que permitían que dicha infraestructura funcionara como un sistema de gobernanza.

El modelo de Ibn Khaldun capta lo que el realismo estructural de Waltz no logra: la posibilidad de persistencia estructural sin coherencia funcional. Un sistema puede permanecer estructurado —con capacidades distribuidas y anarquía intacta— y aun así

perder la capacidad de equilibrio, porque los lazos sociales que permitían la coordinación se han debilitado.

El interregno de Gramsci

Antonio Gramsci, escribiendo desde una prisión fascista a principios de la década de 1930, diagnosticó una condición que resuena con extraordinaria precisión en 2026: el interregno.

«La crisis consiste precisamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos.»

En 2026, el orden occidental posterior a 1945 se caracteriza por ser el «antiguo»: sus instituciones (la ONU, Bretton Woods, la OTAN), sus normas (no proliferación, protección de civiles, libertad de navegación) y sus marcos teóricos (realismo, liberalismo, constructivismo, tal como se desarrollaron en las academias occidentales). Este orden aún no ha desaparecido: sus instituciones persisten, sus normas se invocan y sus teorías se enseñan; sin embargo, su capacidad para organizar, regular y estabilizar el sistema internacional ha disminuido notablemente.

Lo «nuevo» aún no ha nacido. China propone alternativas (la Iniciativa de la Franja y la Ruta, la Iniciativa de Seguridad Global), pero no ha construido un orden sustitutivo. El Sur Global afirma tener capacidad de acción, pero carece de coherencia institucional. Irán demuestra resiliencia, pero no ofrece una alternativa sistémica. El nuevo orden está gestándose, pero aún no está definido.

Los «síntomas mórbidos» son visibles por doquier: guerras subsidiarias, militarización energética, parálisis institucional, el retorno de una lógica territorial atávica, la reinterpretación de los conflictos geopolíticos como luchas escatológicas. La guerra de Irán de 2026 es, en términos gramscianos, el síntoma mórbido por excelencia del interregno.

El diagnóstico de Gramsci trasciende la dicotomía entre realismo y liberalismo. No se trata, estrictamente hablando, de una teoría de las relaciones internacionales, sino de una teoría de la transición histórica, y eso es precisamente lo que se necesita. La crisis de 2026 no es un enigma dentro de un paradigma existente, sino una prueba de que el paradigma mismo está en transición.

China y la preparación civilizatoria: una lectura de Bennabi

La postura de China en el conflicto de 2026 desafía cualquier clasificación dentro de los marcos teóricos occidentales. Evita la confrontación directa (contradiciendo la predicción de Mearsheimer sobre un inevitable conflicto entre grandes potencias). Aprovecha la interdependencia sin estabilizarla (invirtiendo las expectativas de Keohane). Opera dentro de la estructura existente, pero la remodela indirectamente (superando las limitaciones estructurales de Waltz).

Malek Bennabi, el pensador argelino cuya obra sobre la dinámica civilizacional sigue estando infravalorada en las academias occidentales, ofrece un marco más esclarecedor. El concepto central de Bennabi —la colonizabilidad— postula que la vulnerabilidad civilizacional es una condición interna que precede y posibilita la dominación externa. Por el contrario, la preparación civilizacional —la alineación de ideas, personas y recursos

materiales dentro de un proyecto social coherente— es la condición previa para una acción eficaz en el mundo.

El comportamiento de China en 2026 refleja la preparación civilizatoria de Bennabi. Pekín no busca dominar la crisis de 2026, sino superarla. China continúa diversificando sus rutas de suministro energético, acelerando el desarrollo tecnológico interno, fortaleciendo los sistemas de pago alternativos y construyendo arquitecturas institucionales paralelas (BRICS, la Organización de Cooperación de Shanghái, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura). Absorbe las repercusiones del conflicto de 2026 —incluidas las posibles interrupciones en el estrecho de Ormuz que amenazan sus importaciones de petróleo— no mediante un enfrentamiento militar con Estados Unidos, sino mediante la creación de las condiciones internas para una autonomía estratégica a largo plazo.

Se trata de poder entendido como ventaja temporal, más que como dominio inmediato. Su comprensión no se logra a través de Waltz, Mearsheimer o Keohane, sino a través de Bennabi: la construcción paciente de la capacidad civilizatoria como fundamento de una influencia sistémica a largo plazo. Mientras Occidente intensifica su conflicto y se fragmenta, China construye y espera. El marco teórico de Bennabi —desarrollado en el contexto de la descolonización, no de la competencia entre grandes potencias— resulta inesperadamente acertado para describir la postura estratégica más trascendental del siglo XXI.

Hacia un nuevo marco analítico

La guerra de 2026 demuestra que la construcción de un marco analítico adecuado para la geopolítica contemporánea requiere una síntesis que ninguna teoría existente por sí sola proporciona. Los elementos de dicho marco, extraídos del análisis anterior, incluyen:

La interdependencia sistémica como vector de inestabilidad. Keohane tenía razón al afirmar que la interdependencia es un rasgo definitorio del sistema internacional. Sin embargo, se equivocó al creer que genera cooperación. En condiciones de dependencia geográfica concentrada (puntos críticos), la interdependencia transmite y amplifica la disrupción. Un nuevo marco teórico debe concebir la interdependencia como una variable de doble valencia: cooperativa en condiciones difusas y desestabilizadora en condiciones concentradas.

Estructuras de poder en red. Las teorías clásicas miden el poder a nivel estatal. La red de aliados de Irán demuestra que el poder puede ejercerse mediante arquitecturas distribuidas y no estatales que resisten la degradación militar convencional. Un nuevo marco debe incorporar el análisis de redes como herramienta metodológica fundamental, no como complemento del análisis a nivel estatal, sino como un modo alternativo de organización estratégica.

Geopolítica de los puntos estratégicos. La geografía no es simplemente una limitación para la proyección de poder (Mearsheimer) ni una condición de fondo (Waltz). Es un instrumento activo de influencia estratégica. Un nuevo marco debe situar los puntos estratégicos geográficos —Ormuz, Malaca, Suez, Bab el-Mandeb— en el centro del análisis sistémico, no en su periferia.

Dinámica de escalada no lineal. La teoría clásica de la disuasión y el realismo ofensivo presuponen una escalada racional con consecuencias predecibles. La guerra de 2026 demuestra que la escalada en un sistema interconectado e interdependiente produce efectos no lineales: consecuencias desproporcionadas, perturbaciones en cascada y pérdida de control estratégico por parte de todos los actores. Un nuevo marco debe integrar la teoría de la complejidad y el análisis de sistemas no lineales.

Temporalidad civilizacional. El modelo cíclico de Ibn Khaldun y el concepto de preparación civilizacional de Bennabi introducen una dimensión temporal ausente en la teoría de las relaciones internacionales occidentales. La estructura de Waltz es esencialmente estática; la competencia de Mearsheimer es perpetua; la cooperación de Keohane es ahistórica. Un nuevo marco debe tener en cuenta que las civilizaciones operan en diferentes escalas temporales: que la paciencia de China, la resiliencia de Irán y la urgencia de Estados Unidos reflejan no solo estrategias diferentes, sino también temporalidades civilizacionales distintas.

Las teorías clásicas occidentales siguen siendo necesarias para cualquier análisis serio de las relaciones internacionales. Sin embargo, resultan insuficientes. La tarea que tenemos por delante no consiste en descartar a Waltz, Mearsheimer y Keohane, sino en integrarlos en una arquitectura intelectual más amplia y pluralista que se nutra de todo el abanico de tradiciones analíticas globales, incluidas aquellas sistemáticamente excluidas de la academia occidental.

Conclusión: El fin del monopolio estratégico

La guerra contra Irán no supone el colapso del poder occidental. Estados Unidos sigue siendo la fuerza militar más formidable del planeta. Sus redes de alianzas, capacidades tecnológicas y peso económico permanecen intactos en términos absolutos. Lo que la guerra de 2026 presagia es algo diferente y, en cierto modo, más profundo: el fin del monopolio estratégico y teórico de Occidente sobre la interpretación y la organización del orden internacional.

Waltz explica la estructura, pero no por qué ya no estabiliza. Mearsheimer explica la búsqueda de poder, pero no la pérdida de control que este produce. Keohane explica la cooperación, pero no su inversión en condiciones de interdependencia concentrada. Ibn Khaldun explica el declive de la cohesión dentro de las civilizaciones materialmente poderosas. Gramsci denomina el interregno en el que los viejos órdenes persisten sin gobernar y los nuevos órdenes se gestan sin nacer. Bennabi ilumina la paciente construcción de la capacidad civilizatoria que subyace a la postura estratégica de China. Fanon y Mbembe nos recuerdan que el orden actual siempre fue experimentado, para gran parte del mundo, no como una gobernanza liberal, sino como una dominación estructurada.

El sistema emergente es estructuralmente limitado, estratégicamente inestable y teóricamente indefinido. Es un sistema en el que el poder persiste pero el control se disipa, en el que las instituciones perduran pero no regulan, y en el que los marcos analíticos heredados del siglo XX iluminan fragmentos del todo sin comprenderlo.

El mundo ya no se rige por un único paradigma, sino por lógicas contrapuestas. La tarea de la próxima generación de investigadores es construir un marco adecuado a esta complejidad: uno que integre el análisis estructural con la temporalidad civilizacional, la teoría de redes con la geopolítica de los puntos críticos y las tradiciones canónicas occidentales con los recursos intelectuales del Sur Global. Esto no es un acto de caridad intelectual, sino una condición para la supervivencia analítica.

En 1953, K. M. Panikkar argumentó que la época de Vasco da Gama —el período de dominio marítimo occidental sobre Asia— había terminado y que su fin exigiría una reorientación fundamental de la historia y la política mundiales. Siete décadas después, la reorientación intelectual que propugnaba apenas ha comenzado. La guerra de Irán de 2026 la convierte no solo en deseable, sino en inevitable. (6 de abril 2026).